

Los Caperuzas Carmesíes

Los hombres lobo corrían por el bosque mientras gruñían. Alternaban entre la velocidad cuadrúpeda y la precisión bípeda. El vaho que salía despedido de sus hocicos se perdía en la nocturnidad como el humo de una hoguera a punto de extinguirse. El más pequeño de ellos cayó al suelo, rendido. El otro lo alzó sobre su hombro. Reemprendieron la marcha, sus colmillos resplandecientes mostrados en una mueca terrorífica.

Se ocultaron en una cabaña abandonada en un claro. El pequeño fue a decir algo, pero el otro gimió. Señaló hacia la habitación, donde había una cama deshilachada. Tembloroso, el lobato se tapó hasta que solo sus ojos sobresalían de la manta. Un gemido. Dos. El tercero ahogado. Pasos firmes, pero el pequeño ya se había ocultado por completo. Solo pudo ver dos siluetas carmesíes a través de la tela.